

Historia de los libros célebres

GRAN NOVELA DE AVENTURAS MARAVILLOSAS

A EJEMPLO del inmortal Wálter Scott, el célebre novelista Alejandro Dumas, padre, basó la mayor parte de sus famosas narraciones en episodios históricos, lo cual no fué óbice para que se tomara grandes libertades acerca de los hechos consignados en sus páginas, pues consideraba que el objeto de sus relatos era de mucha más importancia que los mismos sucesos históricos. Sin embargo de esto, en la más grande de sus novelas la historia no tiene parte alguna. *El Conde de Monte-Cristo* es puramente un esfuerzo de imaginación. Jamás novelista alguno ha concebido una novela más fascinadora. En su forma original es un trabajo de una longitud enorme, y su lectura requiere mucho tiempo que, por otra parte, se pasa deliciosísimamente. Hemos procurado narrar esta historia de la manera más breve posible en estas páginas, y a pesar de ello se necesitará doble espacio del que solemos emplear en las demás. *El Conde de Monte-Cristo* se publicó por primera vez en 1844.

EL CONDE DE MONTE-CRISTO

PRIMERA PARTE

EL velero de tres palos *Faraón* llegaba a Marsella procedente de Esmirna, al mando de Edmundo Dantés, su joven piloto, pues el capitán había fallecido durante el viaje. Queríale entrañablemente la tripulación, para la cual era más bien un hermano que un superior, y sus conocimientos eran tan perfectos en cuanto se relacionaba con su profesión, que el armador no titubeó un momento en nombrarle capitán del buque. Capitán a los diez y nueve años con el aumento de salario que este cargo trae aparejado, hallábase en condiciones de ser el sostén de su anciano padre, al propio tiempo que de llevar inmediatamente al altar a la ojinegra Mercedes, con la cual hacía ya tres años sostenía relaciones amorosas.

Dado el natural franco y expansivo de Edmundo Dantés, jamás llegó el joven a sospechar que pudiera tener adversarios; pero lo que él inocentemente consideraba como su buena estrella, fué causa de que se creara enemigos. El sobrecargo del *Faraón*, llamado Danglars, dominado por la envidia, deseaba tomar el mando del buque, a fin de poderse dedicar, con más libertad, a un comercio ilícito. Fernando, pescador español y primo segundo de Mercedes, estaba locamente enamorado de la hermosa muchacha y odiaba a Edmundo porque había sido el preferido por ella. En estos dos tenía Edmundo sobrados enemigos, pero

él, que no podía sospecharlo siquiera, los contó entre el número de sus amigos. Acontecía esto en una época de grandes revueltas políticas. Napoleón I, que había sido el árbitro de los destinos de Europa, acababa de abdicar la corona y volvía a conspirar en la pequeña isla de Elba, situada entre Córcega, su país natal, y la costa de Italia, para empuñar de nuevo su perdido cetro y recobrar su imperio. Ocupaba entonces el trono francés Luis XVIII, hermano menor de Luis XVI, el monarca que fué guillotinado durante la revolución, en 1793. No estaba la nación satisfecha del todo con su gobierno; y, como era natural, así los viejos veteranos que habían tomado parte en las grandes guerras napoleónicas, como todos los partidarios de un gran imperio francés, deseaban ardientemente el regreso de Napoleón.

Lo único que bastaba en aquella época para encerrar a un hombre en una mazmorra, era denunciarlo al fiscal del rey como conspirador por haber tomado parte en algún complot encaminado a la restauración del *usurpador*, como llamaban a Napoleón los partidarios del rey Luis XVIII. Edmundo Dantés, enteramente inocente por su parte, se había hecho sospechoso de hallarse en tratos con el gran mariscal de Napoleón en la isla de Elba, pues, obedeciendo las últimas instrucciones del difunto capitán, el fiel piloto había visitado dicha isla en el curso de su viaje; y desembarcando en ella solo,

Historia de los libros célebres

recibió del gran mariscal un pliego importante que debía entregar personalmente a un personaje de París.

Por esta causa iba Edmundo a apresurar la boda y a emprender, inmediatamente después de terminada la ceremonia, una excursión a la capital de Francia, en donde entregaría la carta que se le había confiado.

CÓMO CONSPIRARON CONTRA EL CAPITÁN EDMUNDO DANTÉS SUS ENEMIGOS

Por tal manera se habían apoderado los celos del pescador Fernando, que su ansia única era quitar a Edmundo de en medio, antes de que pudiese ser esposo de Mercedes. Afortunadamente para sus planes, encontró un conspirador espontáneo en Danglars, quien vió al punto en la visita del joven oficial a la isla de Elba un motivo de arresto y de proceso.

Un sastre, llamado Caderousse, que gozaba al principio de la confianza de los conspiradores, empezó luego a sospechar que el complot que tramaban contra el joven capitán era en extremo peligroso, y así lo hizo presente a sus compañeros, aconsejándoles que desistieran de él.

Aparentando conformarse con el parecer de Caderousse, los otros dos prosiguieron sus gestiones a fin de que llegase secretamente la denuncia a las autoridades; y en efecto, Danglars, que se hallaba presente en el banquete de bodas, al cual Fernando, excitadísimo en extremo, había dejado de asistir, tuvo la viva satisfacción de ver al pobre Edmundo detenido por un magistrado y enviado al Ayuntamiento, en el momento de levantarse de la mesa para dirigirse a la iglesia con Mercedes, a celebrar la ceremonia nupcial.

LA CARTA QUE TRAJÓ MALA SUERTE AL JOVEN MARINO

Es indecible la consternación que este suceso produjo entre todos los amigos del joven Dantés. Demasiado joven para estar al corriente de las intrigas de la política, demasiado franco y noble para mezclarse en maquinaciones secretas, demasiado honrado para ejercer de contrabandista, nadie podía

adivinar la causa por la cual había sido preso.

Su principal, Señor Morrel, que tenía en Edmundo absoluta confianza y estaba dispuesto a responder de él en todo cuanto pudieran exigirle los jueces, procuró consolar al anciano padre del desgraciado marino y a Mercedes, diciéndoles que debía existir alguna terrible equivocación y que el hijo y futuro esposo les sería, sin duda, devuelto dentro de poco.

El gran aturdimiento que mostró Edmundo, cuando apareció ante el juez Villefort, substituto del fiscal, para ser sometido al interrogatorio, era de suyo una prueba evidente de su inocencia. Así lo reconoció el propio fiscal; más todavía, tan seguro estaba de que el joven marino no sólo era inocente, sino que desconocía en absoluto las intrigas políticas, que estuvo a punto de dejarle en libertad provisional, hasta tanto que con sus investigaciones hubiese averiguado con certeza que el causado poseía una carta del gran mariscal de Napoleón desterrado en la isla de Elba, y dirigida a un personaje de París. Con estas buenas disposiciones para con Edmundo, dió un vistazo a los objetos que habían sido sustraídos al acusado; entre ellos, encontró la carta. Iba dirigida a un tal Noirtier, y al leer el sobre, las facciones de Villefort experimentaron súbitamente un cambio terrible.

Interrogó vivamente y con la mayor perspicacia a Edmundo sobre lo que sabía de la carta, y quedó satisfecho al convencerse de que el joven marino lo ignoraba todo, fuera del nombre y dirección de la persona a la cual se había comprometido a entregarla.

EL FISCAL PRONUNCIA LA SENTENCIA DE DANTÉS

Villefort abrió la carta y la leyó con crecientes muestras de excitación; luego, llamando a Edmundo para que viese que la había reducido a cenizas en la chimenea, hízole jurar que no revelaría jamás el nombre de la persona a la cual iba dirigida. ¡El fiscal estaba suplicando al acusado!

El Conde de Monte-Cristo

Lejos estaba Edmundo de sospechar la terrible lucha que se había desencadenado en el interior del representante de la ley, quien tenía que decidir entre reconocer la indudable inocencia del acusado o condenarle a fin de proteger sus propios intereses, que el inocente podía trastornar con una sola palabra pronunciada inadvertidamente. En efecto, ese tal Noirtier, a quien iba dirigida la carta, no era otro que el propio padre del fiscal Noirtier de Villefort, partidario acérrimo de Napoleón, en tanto que su hijo no sólo maquinaba planes para obtener favores de la restaurada monarquía, sino que considerándose perjudicado por las grandes simpatías napoleónicas de su padre, había decidido cambiar de nombre, evitando así que le asociasen con el autor de sus días.

La carta que Edmundo había traído de la isla de Elba informaba a Noirtier que Napoleón dentro de unos días iba a hacer otra tentativa para recobrar la corona y que al desembarcar en Francia llamaría a todas sus antiguas legiones bajo su bandera. Al punto vió Villefort en estas noticias un medio de adelantar en su carrera; pero el haber obtenido esta información por una carta dirigida a su padre, llevaba aparejada la muerte del autor de sus días, y además, hubiera sido fatal para él mismo si se hubiese hecho pública. Nadie más que Dantés conocía la existencia de la carta; encerrándole, pues, en una cárcel bajo siete llaves, Villefort podía moverse libremente. De esta suerte, quedó acordada la sentencia de Dantés.

Poco después, Napoleón desembarcaba en Francia y empezaba a llevar a cabo su última hazaña durante el período llamado de *Los Cien Días*, que terminó con la derrota de Waterlloo. El Señor Morrel, que también era partidario del emperador, suplicó con insistencia a Villefort, cuando parecía que Napoleón iba a restablecerse en su trono, que presentase una instancia a favor de Dantés y rogase al Gobierno que le devolviera la libertad, fundándose en

la lealtad con que había trabajado por la causa de Napoleón, ya que por esto le había encarcelado el gobierno de Luis XVIII, que acababa de huir de Francia.

EL JOVEN PRESO INOCENTE EN EL TERRIBLE CASTILLO DE IF

Redactó Villefort la solicitud con la mayor complacencia y en los términos más calurosos, haciendo resaltar los servicios imaginarios prestados por el joven preso en la causa napoleónica; pero, en vez de remitirla a su destino, la archivó cuidadosamente entre los documentos que se custodiaban en el Ayuntamiento, esperando que constituirían una arma terrible contra Dantés, cuando, como era probable y la historia así lo consigna, volviese Luis XVIII a sentarse en el trono de Francia.

El sustituto fiscal se había decidido a defender sus propios intereses, aun a expensas de un inocente joven a quien había condenado a un encarcelamiento terrible.

El pobre Edmundo, sacado de la cárcel del Ayuntamiento y custodiado por una fuerte escolta, fué conducido a un bote que debía trasladarle a la tétrica fortaleza de If, situada en el mar y de la cual no se sabía que nadie hubiese logrado evadirse nunca.

Un carcelero sombrío y de sucio aspecto, condújole a un calabozo, triste y húmedo, situado casi debajo de tierra, y lúgubramente iluminado por la indecisa luz de una lámpara colocada encima de un taburete.

En el suelo veíase esparcida un poco de paja nueva que debía servirle de lecho; y, por todo refrigerio, una jarra de agua y un pedazo de pan negro.

En medio de aquella obscuridad y de aquel terrible silencio, quedóse solo Dantés, helado como las sombras cuyo aliento la parecía sentir en su ardorosa frente. Al amanecer, hallóle el carcelero tal como le había dejado, hinchados los ojos de tanto llorar. Tan embotados tenía los sentidos, que el guardián hubo de tocarle para que advirtiera su presencia.

Historia de los libros célebres

SEIS AÑOS SIN ESPERANZA EN UNA MAZ-MORRA NEGRA E INFECTA

No pudo Dantés comer el rancho que el carcelero le había traído, y cuando, por fin, se hubo hecho cargo de su horrible situación, arrojóse desesperado al suelo, llorando amargamente y lamentándose del hado adverso que le había labrado semejante desdicha.

Pasaron unos días, durante los cuales había cambiado alguna que otra palabra con el carcelero, insistiendo en que se le permitiese ver al gobernador del castillo; pero la contestación fué siempre negativa. Desesperado Dantés, llegó, por fin, a amenazar de muerte al carcelero si no le prometía hacer llegar a conocimiento de Mercedes lo que había sido de él.

El resultado de estas amenazas fué mudar al preso de calabozo y trasladarle a otro de castigo, más tético, más lóbrego y húmedo que el que hasta aquel día había ocupado, y con muchas menos probabilidades de poder evadirse.

Transcurrieron así los días; las semanas se convirtieron en meses y los meses pasaron sin que el preso pudiera contarlos. Habíase consumido en su calabozo seis años; y no pudiendo resistir más empezó a pensar seriamente en dejarse morir de hambre. Durante cuatro días seguidos se había negado a comer y hallábase ya muy débil, cuando oyó de repente, hacia las nueve de la noche, un ruido sordo en la pared contra la cual estaba acostado. Parecíase aquel ruido al que produce el continuo escarbar de una descomunal garra, de un poderoso molar o de algún instrumento de metal que rasca la piedra.

EL EXTRAÑO RUIDO QUE HIZO CONCEBIR ESPERANZAS AL POBRE PRESO

Débil y sin fuerzas, creyó que su cerebro le engañaba, pero después de haber escuchado de nuevo con gran atención, convencióse de que aquel ruido procedía de alguien que escarbaba las piedras del muro del calabozo. Despertáronse en él desatinados pensamientos de libertad. Aun proseguía el

ruido al presentarse el carcelero con el almuerzo a la mañana siguiente, y temeroso de que éste lo oyese, volvióse Edmundo tan súbitamente locuaz que el hombre creyó que desvariaba y le trajo caldo y pan blanco. Abandonó inmediatamente su decisión de dejarse morir de hambre, y tomó con avidez el caldo que debía darle nuevas fuerzas a fin de servirse de ellas en caso de que pudiera necesitarlas para algo. Quitó una piedra del muro y dió con ella tres golpes en la dirección de donde venía el ruido.

EL PRESO DESCONOCIDO QUE PRACTICABA UNA GALERIA EN LA PARED DEL CASTILLO

Al primer golpe cesó el ruido como por encanto, y durante aquel día no volvió a oirse. Pasó también la noche en medio del mayor silencio, lo cual acabó de persuadir a Edmundo que debía proceder de algún preso que se abría camino para recobrar la libertad.

Actualmente no ansiaba otra cosa que recuperar sus fuerzas. Ya no se negó a comer. Los ruidos no volvieron a percibirse, pero tres días después, adquirió la certeza de que el desconocido preso volvía a trabajar sirviéndose de una palanca para mover las piedras, en vez de emplear un escoplo. Entonces Edmundo se decidió a trabajar también él por abrirse un camino; tal vez se encontraría con el otro preso.

La única idea práctica que podía ocurrírsele para llevar a cabo su empresa, fué romper el jarro del agua y esconder dos o tres pedazos en la cama. Con uno de estos pedazos escarbó la pared durante toda la noche, quitando la húmeda capa de mortero que rodeaba una gran piedra del muro, piedra que luego quedaba oculta al colocar la cama en su sitio. En realidad parecía adelantar muy poco; pero aquella noche oyó distintamente al trabajador subterráneo que continuaba abriéndose camino.

A la siguiente mañana, refunfuñó el carcelero al ver el jarro hecho pedazos y fuése a buscar otro, y, cuando ya se

El Conde de Monte-Cristo

hubo marchado para no volver hasta mediodía, el pobre preso reanudó alegremente su labor de escarbar la capa de mortero.

CONTINÚA DANTÉS SUS DESESPERADOS ESFUERZOS PARA RECOPRAR SU LIBERTAD

Reconvínose Edmundo a sí mismo por no haberse ocupado en estos trabajos durante tantos años. Hacía ya seis que estaba encerrado en aquella mazmorra, y ¡cuántas cosas no hubiera hecho a no haberse entregado a la más extrema desesperación!

En tres días había quitado todo el mortero de la piedra, pero no le era posible mover ésta sin el auxilio de una herramienta que hiciera las veces de palanca. Su ingenio, inactivo por tanto tiempo, recobró de repente su vigor. Había observado que el carcelero le traía la sopa en una cacerola de hierro de mango muy sólido, y, por adquirirla, hubiera dado ahora diez años de su vida. El objeto único de sus pensamientos era, pues, obtener aquella cacerola, cuyo mango había de servir de palanca para levantar la piedra. Logró Dantés lo que se había propuesto, dejando adrede el plato de la sopa en el suelo del tal manera que cuando entró el carcelero tropezó con él y lo rompió. Quedábanle al cancerbero dos caminos para escoger: subir en busca de otro plato o dejarle la cacerola que contenía la sopa y darle el plato la primera vez que volviera a traerle el rancho. Afortunadamente su natural pereza impulsóle a dejarle la cacerola; y así Dantés entró en posesión de la preciada herramienta. Con auxilio del mango, y trabajando sin descanso toda la noche, logró mover las piedras de la pared. Y como el carcelero al otro día se olvidó de traerle un nuevo plato, volvió a dejarle la cacerola, con lo que el pobre preso pudo servirse de ella mucho más tiempo del que hubiera podido esperar.

LA VOZ DE LA PARED Y LO QUE DIJO A EDMUNDO DANTÉS

Hacía ya tres días que no oía ruido alguno procedente del incógnito trabajador; pero esto fué una razón más para

que Edmundo se apresurase en la tarea emprendida.

Trabajaba día y noche sin cesar. La cacerola, como es natural, fué cuidadosamente colocada en su lugar y el mango enderezado de tal manera que el carcelero no pudiese sospechar absolutamente nada.

No había Dantés horadado aún mucha distancia en la pared, cuando halló una gran viga de madera que presentaba su extremo al boquete practicado. Iba a ser necesario, pues, excavar por encima o por debajo de ella. Desalentado a la idea de trabajo semejante y lleno de congoja, murmuró en voz alta algunas palabras dirigidas a Dios, suplicándole que no le dejase morir en medio de su desesperación.

—¿Quién habla de Dios y de desesperación al mismo tiempo?—dijo una voz que parecía venir de debajo de tierra y, amortiguada por la distancia, resonaba hueca y sepulcral en los oídos del desgraciado Edmundo. El terror que el joven experimentó le hizo caer de rodillas con los cabellos erizados.

—En nombre del cielo—exclamó Dantés—volved a hablar, aunque me horrorice el timbre de vuestra voz.

—¿Quién sois?—dijo la voz.

—Edmundo Dantés—replicó el infeliz sin titubiar un momento.—Soy un marino francés.

—¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí?

—Desde el 28 de Febrero de 1815.

—¿De qué estáis acusado?

—De haber conspirado por la vuelta del emperador.

—¿Cómo por la vuelta del emperador! ¿No está ya en el trono?

—Abdicó en Fontainebleau, en 1814, y le desterraron a la isla de Elba. Pero ¿cuánto tiempo hace que estáis aquí, que desconocéis todos estos sucesos?

—Desde 1811.

Dantés se estremeció; aquel hombre había estado preso cuatro años más que él.

Esta extraña conversación continuó todavía mucho tiempo. Vió Edmundo que sólo tenía que quitar unas cuantas

Historia de los libros célebres

piedras más, para ponerse en contacto con la galería del otro preso, a pesar de que el agujero que él había abierto era mucho menor. Dicha galería, algo más baja, pasaba por debajo de la viga que acababa de causar la desesperación de Edmundo.

Por desgracia para el desconocido encarcelado, veía ahora que su heroico trabajo resultaba inútil. Con indecibles penas y durante años había ido abriendo un paso por entre el muro y horadado una galería de quince metros de longitud para encontrarse con que en lugar de conducirlo, como esperaba, a la muralla exterior del castillo desde la cual se hubiera arrojado al mar, le llevaba al calabozo de otro preso.

ENCUENTRO DE LOS DOS PRESOS Y SU NUEVA AMISTAD

Al día siguiente saliendo de su calabozo el desconocido, volvió a su galería y pudo penetrar en la celda de Edmundo. Saludáronse ambos con la mayor alegría, pues aun en el peor de los casos, bastaría verse diariamente para que esta comunicación de los dos desgraciados aliviase en algún modo la amargura de su cautiverio. El nuevo amigo de Edmundo era un hombre de baja estatura que podía contar unos sesenta años.

Aunque de rostro demacrado, con larga barba negra, y cabellos que parecían más bien haber encanecido por los sufrimientos que por la edad, mostraba todavía bastante vigor para un hombre que había estado preso durante tanto tiempo. Su inteligencia clarísima y enérgica, y la saludable influencia de la larga y penosa tarea que acababa de realizar, habíanle ayudado a mantenerse en tan buenas condiciones.

Explicó a Dantés los medios de que se había valido para construir las admirables herramientas que poseía, con el escaso material de que podía disponer; cómo había fabricado su escoplo con un trozo de hierro procedente de su cama y con él había abierto la larga galería en el muro. Examinó cuidadosamente el calabozo de Edmundo y

encaramándose con el auxilio de éste a la ventanilla que había cerca del techo, vió que daba a un patio, en el cual vigilaban los centinelas, quitándoles de esta suerte toda esperanza de poder evadirse.

—¡Hágase la voluntad de Dios!— exclamó pausadamente el anciano, pintándose en su pálido rostro inequívocas señales de resignación. Entonces dijo a Dantés que era el abate Faria.

LA EXTRAÑA HISTORIA DEL ABATE FARIA Y SUS LARGOS SUFRIMIENTOS

Antes de ser trasladado al castillo de If, en 1811, había ya padecido tres años de presidio en otra fortaleza. Había cometido el crimen de trabajar para conseguir la unidad de Italia conspirando para formar un reino poderoso, con todos los pequeños estados en los cuales estaba entonces dividida su patria. Esto era hacer traición a los planes de Napoleón, en 1807, y el abate había sido entregado a los franceses.

El nuevo amigo de Edmundo no era otro que el *Abate Loco*, aunque no mostrase señales de locura y sí muchísimas de tener más clara inteligencia que la mayor parte de los hombres. Dantés quedó extraordinariamente fascinado por el relato del abate acerca de cómo había empleado el tiempo en la cárcel; y preguntóle por qué no podía empezar de nuevo, teniéndole a él como auxiliar para abrirse un camino que les condujera a las murrallas exteriores.

—En primer lugar,— dijo el abate, —he pasado cuatro años fabricando las herramientas que poseo y he estado dos más rascando y excavando tierra tan dura como el mismo granito; además, ¡cuántas penas y trabajos para quitar piedras tan grandes que en otro tiempo me hubiera parecido imposible poderlas mover de su sitio!

CÓMO ABRIÓ EL ABATE AQUELLA GALERÍA A TRAVÉS DEL MURO DEL CASTILLO

—Luego, para esconder la masa de tierra y cascajo que excavaba, me ví obligado a abrirme paso por una escalera y arrojar el fruto de mi trabajo a los huecos que había en ella; pero el pozo

El Conde de Monte-Cristo

está tan lleno que a duras penas cabría otro puñado, sin que indujera a un descubrimiento. Y precisamente en el instante en que contaba con el logro de mis afanes, me abandona la esperanza. No; ya nada me impulsará a renovar tentativas en contradicción con los designios del Todopoderoso.

DANTÉS LLEGA A SER APROVECHADO DISCÍPULO DEL «ABATE LOCO»

Edmundo dió pruebas fehacientes de ser un discípulo aprovechadísimo, y aquellas largas horas, pasadas, el uno en explicar y el otro en escuchar lecciones de filosofía, de historia, de ciencias naturales y de lenguas, produjeron



EL MAR ES EL CEMENTERIO DEL CASTILLO DE IF

La parte más emocionante de *Monte-Cristo* es la huida de Edmundo Dantés del Castillo de If, después de catorce años de prisión. Otro preso había cavado una galería a través del muro, pero sólo había logrado desembocar en el calabozo de Dantés. Cuando aquel prisionero murió, los carceleros pusieron el cadáver en un saco para arrojarlo al mar; pero Dantés, introduciéndose en el calabozo de su difunto amigo, sacó el cadáver de éste y se cosió él mismo en el saco. Así fué arrojado al mar, y cortando el saco con su cuchillo, logró llegar a nado a un buque y salvarse.

Así se acordó, y ya que debía desecharse toda esperanza de evasión, buscaron los infelices presos por todos los medios posibles, ocultar las pruebas de su diaria comunicación. Complacióse el abate en pasar la mayor parte del tiempo instruyendo a Edmundo en los diferentes ramos del saber humano, en los cuales era un verdadero maestro.

en ambos un placer lleno de melancolía que suavizó en gran manera sus amarguras.

El abate, al estudiar el caso de Edmundo, pudo demostrarle que el enemigo causante de su encierro en el Castillo de If, no era otro que Villefort, sobre cuyos generosos sentimientos se había engañado grandemente. Refirió un día

Historia de los libros célebres

el abate a Edmundo su historia y luego, cuando sus fuerzas empezaron a decaer y un ataque de parálisis inutilizó uno de sus brazos, descubrió a su compañero el gran secreto que poseía y que le había valido el mote de *Abate Loco*.

Antes de haber sido preso, el abate era secretario del Conde Spada, último vástago de una famosa raza de nobles italianos; dicho conde había fallecido en 25 de Diciembre de 1807. Durante el tiempo que el abate estuvo con él, llegó a su conocimiento que uno de los Spada del siglo XV, que era cardenal, murió envenenado juntamente con su sobrino por agentes secretos de César Borgia, a fin de que pudieran entrar en posesión de su inmensa fortuna el Papa y sus amigos.

Pero un estudio extremadamente minucioso de la historia de los personajes más famosos de Roma relacionados de una u otra manera con los Spada de aquel tiempo, probó al abate Faria que ninguno de ellos había obtenido beneficio alguno de la muerte del cardenal Spada y de su sobrino. Juzgó el abate de todo esto que el cardenal había escondido sus fabulosas riquezas, con objeto de impedir que cayeran en manos de sus enemigos de Roma, procurando que únicamente su sobrino estuviera en el secreto.

Durante muchos años, Faria había buscado entre los documentos pertenecientes a la familia Spada, esperando hallar algo que equivaliese a una especie de testamento, pero sus gestiones fueron inútiles. Al ocurrir la muerte del conde, su señor, heredó su biblioteca, de la cual formaba parte su famoso breviario o devocionario medioeval, que había constituido uno de los tesoros más preciados de los Spada. Cierta noche, necesitando súbitamente una luz, anduvo a tientas en busca del breviario, porque se acordaba de cierto pedazo de papel amarillo de puro viejo, que en él había, y que probablemente hacía siglos servía como de señal de página. No le atribuía ningún valor, pues carecía de escritura, y aplicando un extremo al fuego de la chimenea

empezó a arder. Pero ¿cuál no fué su asombro al observar que a medida que el papel ardía iba apareciendo una escritura amarillenta en su *superficie*?

EL TESORO ENTERRADO EN LA ISLA DE MONTE-CRISTO

Apagó inmediatamente la llama, aunque no antes de que ésta hubiese destruido una parte considerable del papel. Excitado por la curiosidad, encendió la bujía en el mismo fuego de la chimenea, y luego, examinando el trozo de papel que quedaba, vió que la acción del calor había hecho aparecer una escritura trazada con una tinta especial que sólo se hacía visible por la acción del fuego.

He aquí lo que leyó:

Hoy 25 de Abril de 1498, ha . . .
sido invitado a com . . .
jandro VI y temiendo que, . . .
tento con haber . . .
el capelo, trate de her . . .
ciendas, reservándom . . .
los cardenales Cap . . .
glio que murieron em . . .
dos, declaro a mi sobrino G . . .
Spada, mi heredero univer . . .
he enterrado en . . .
conoce por haberlo visit . . .
a saber, las grutas de Monte-Cris . . .
lo que yo poseía en barr . . .
ñado, pedrería, diam . . .
sólo yo tengo notic . . .
soro que ven . . .
unos dos millones a . . .
de escudos romanos y qu . . .
levantando la vigésima roc . . .
la ensenada del Este en lín . . .
grutas, hay practicados dos . . .
ro está en el ángulo más lej . . .
segunda gruta. Este tes . . .
propiedad absoluta com . . .
único heredero. . . .

25 Abril, 1498.

Cés. . . .

Aun después de haber sido preso el abate Faria casi a raíz de este descubrimiento, no dejó de mano la tarea de completar las líneas que el fuego había consumido y algunos años más tarde sus esfuerzos se habían visto recompensados. La parte quemada decía así:

. . . biendo
. . . er por S.S. Ale-

El Conde de Monte-Cristo

... no con-
... me hecho pagar
... edar mis ha-
... e la suerte de
... rara y Bentivo-
... ponzoña
... uido
... sal, que
... un lugar que ya
... ado conmigo
... to, todo
... as, oro acu-
... antes y alhajas;
... ia de este te-
... drá a importar
... poca diferencia
... e encontrará
... a, empezando por
... ea recta. En las
... aberturas; el tesoro
... ano de la
... oro se lo lego en
... o a mi

... AR SPADA.

Explicó minuciosamente el abate y con gran excitación, cómo llegó a penetrar en el misterio del papel quemado y cómo su solución le había demostrado que en la isla de Monte Cristo aguardaba al dichoso mortal que supiera hallarlo, un tesoro que no bajaría de trece millones.

MUERTE DEL ABATE FARIA Y LO QUE HIZO DANTÉS CON MOTIVO DE ELLA

Dantés conocía la isla de Monte Cristo (la cual está situada entre Córcega y Elba) por haber hecho una vez escala en ella. Forma dicha isla una roca casi cónica, originada probablemente por alguna erupción volcánica. Trazó Dantés el plano de la misma, y explicóle el abate cómo se podría recuperar el tesoro. El pobre Faria había perdido ya toda esperanza de libertad para correr en busca del tesoro oculto en Monte-Cristo, y desde que padeció el ataque de parálisis presentía que su fin estaba próximo, por lo cual quiso que Dantés conociese el secreto para el caso de que lograrse evadirse del castillo. En efecto, poco tiempo después, el abate entregaba su alma al Criador. Quedó Edmundo sumido en un nuevo mar de angustias, al perder

para siempre a su fiel amigo que había sido para él más que vida y al pensar en el negro porvenir que le aguardaba.

CÓMO LA GALERÍA PRACTICADA EN LA PARED PUDO SERVIR PARA UN GRAN OBJETO

Pero su inteligencia se había avivado en los años que llevaba de frecuentar la sociedad de aquel hombre maravilloso que acababa de exhalar su último suspiro en aquella terrible cárcel. Ya no era el sencillo oficial del *Farabón*, sino un hombre dotado de una gran inteligencia de inmensos recursos y de una audacia sin límites, nacida de su situación desesperada.

Gracias a la comunicación establecida entre los dos calabozos, pudo Dantés enterarse de todo lo que pasaba en la celda del difunto abate. Coligió de todo ello que en su entierro no precedería ceremonia alguna y que el cadáver recibiría sepultura después de la puesta del sol. Cuando el médico hubo certificado la defunción del abate, trajeron los carceleros un gran saco, en el cual colocaron el cadáver completamente desnudo y dejáronlo así en el calabozo. Entonces fué cuando Dantés determinó jugarse la existencia para conseguir su libertad, y así como el abate le había salvado y socorrido en vida, así iba ahora, después de muerto, a servirle de medio para su evasión.

CONCIBE DANTÉS UN ASOMBROSO Y ATREVIDÍSIMO PROYECTO DE EVASIÓN

Abrió Edmundo el fúnebre envoltorio, sacó de él el cadáver de su compañero y con un esfuerzo lento y doloroso a la par, hízolo pasar por la galería de comunicación hasta su calabozo. Colocó en su lecho de cara a la pared y lo tapó con sus propios andrajos, de modo que, al entrar el carcelero con la cena, creyese que era Dantés que dormía, como había sucedido muchas otras veces. Terminada esta operación, Edmundo fué a ocupar en el saco el puesto del difunto; cosióse por dentro con la aguja que había sido una de las herramientas más ingeniosas del abate. Retuvo en su mano el cuchillo del abate y palpi-

tándole fuertemente el corazón aguardó los acontecimientos.

Pasaron las horas con desesperante lentitud, hasta que, por fin, oyó los pesados pasos de los carceleros que bajaban al calabozo. En medio de los chistes más groseros sobre el *Abate Loco* y después de alguna conversación acerca de *atar el nudo*, cosa que intrigó vivamente a Edmundo, levantaron el saco. Colocáronlo en unas andas llevadas por dos hombres y tras algunas maniobras que, él no pudo comprender, pusieron éstos en marcha por los corredores del castillo, alumbrados por otro hombre que llevaba una antorcha en la mano. Poco después llegaron a una poterna que fué abierta; al pasar por ella oyóse el ruido del mar que se estrellaba contra las rocas.

CÓMO CONSIGUIÓ SALIR EL PRESO DEL TERRIBLE CASTILLO DE IF

Subieron todavía cinco o seis escalones y a los pocos momentos advirtió Edmundo que le cogían, uno por la cabeza y otro por los pies, y empezaban a balancearle.

—¡A la una—dijo uno de los carceleros,—a las dos, a las tres!

En el mismo instante, sintióse Dantés lanzado al espacio, y, como el ave herida de muerte, caer con una rapidez que le heló la sangre en las venas. Por fin, con un choque terrible, penetró en el agua helada exhalando un grito agudísimo que fué sofocado en el momento de su inmersión debajo de las olas. Edmundo Dantés había sido arrojado al mar, a cuyos abismos era arrastrado por una bala de cañón de diez y seis kilos atada a sus pies. El cementerio del castillo de If era el mar.

A pesar de su aturdimiento y a punto de morir de asfixia, tuvo Dantés bastante presencia de ánimo para retener la respiración y hacer uso del cuchillo que tenía en la mano; rasgó rápidamente el saco, de arriba abajo, y sacó primero el brazo y luego todo el cuerpo. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos para librarse de la bala, sentía que ésta le arrastraba todavía hacia el fondo.

Inclinóse entonces y con un desesperado esfuerzo, cortó la cuerda que le ataba las piernas, cuando ya empezaba a ahogarse; un salto vigoroso le permitió salir a la superficie del mar, mientras la bala, arrastrando consigo el saco que debía servir de sudario, bajaba a los abismos.

Detúvose Dantés un instante para tomar aliento y sumergióse inmediatamente después para ocultarse a las miradas de los centinelas del fuerte; cuando volvió a la superficie estaba ya a cincuenta pasos del punto en que había sido arrojado.

ENCUENTRA DANTÉS EL TESORO EN LA CUEVA Y COMIENZA SU VENGANZA

Dirigióse resueltamente Dantés mar adentro, nadando por las encrespadas olas que la naciente tempestad henchía, hasta que, afortunadamente, fué recogido a bordo de un velero a cuyo capitán explicó que era el único sobreviviente de la tripulación de un barco maltés que se había ido a pique; contóle una ingeniosa historia acerca de la larga cabellera que caía sobre sus hombros y la barba que le llegaba al pecho, diciéndole que las llevaba en cumplimiento de un voto que precisamente expiraba aquel día. Por el capitán supo que era el 28 de Febrero del año 1829. Habían, pues, transcurrido catorce años desde que fué reducido a prisión. Preguntóse qué habría sido de Mercedes, quien seguramente le habría creído muerto, y el recuerdo de los tres hombres causantes de su larguísimo y triste cautiverio, encendió en sus ojos una llamarada de odio inmenso.

Ya en libertad y a bordo de un buque que hacía rumbo a Liorna, renovó el juramento de implacable venganza contra Danglars, Fernando y Villefort. Poco después encontró la cueva secreta en la isla de Monte-Cristo con todas sus deslumbrantes riquezas y tal como el malogrado abate había predicho. Tenía ya en su poder todos cuantos medios de venganza pudiera haber soñado en medio de la más feroz pesadilla un inocente que ha sido villanamente condenado.

Historia de los libros célebres



EL CONDE DE MONTE-CRISTO

SEGUNDA PARTE

NO transcurrió mucho tiempo, desde la evasión de Edmundo del castillo de If sin que se descubrieran los medios de que se había valido para llevarla a cabo; y como no existía la menor duda de que, el saco que encerraba el supuesto cadáver, había sido arrojado al agua, creyeron los carceleros que el preso había cambiado solamente la tumba en que vivía, por otra más clemente, cual era la del mar. Edmundo Dantés había « muerto oficialmente ».

Uno o dos años más tarde, el dueño de la posada del Pont du Gard, no lejos de la ciudad de Beaucaire, hallábase, según su costumbre, sentado negligentemente a la puerta del mesón, pues los negocios iban de mal en peor, y la parroquia era escasa, cuando vio llegar a un jinete que hizo alto frente a la posada, apeóse de su cabalgadura y entró. El forastero resultó ser un eclesiástico de grave y reverendo aspecto, por lo que el mesonero se de hizo en cumplimientos al ponerse a sus órdenes. El cura, que dijo llamarse el abate Busoni, y cuyos negros y penetrantes ojos parecían sondear los más recónditos pensamientos del mesonero, ahuyentó bien pronto el aire perezoso y dejado de éste, interesándole vivamente al recordar los acontecimientos ocurridos hacía ya dieciséis años.

Llamábase el mesonero Gaspar Cade-

rousse, cosa no ignorada del abate, y hubo de quedar sorprendido al oír referir minuciosamente al recién llegado ciertos pormenores de su primera vida. Caderousse le habló de Dantés en los términos más calurosos y juró que siempre había deplorado profunda y sinceramente la suerte desgraciada del pobre joven. Explicóle el abate que había asistido a Dantés en sus últimos momentos, en el calabozo que ocupara, y díjole que hasta exhalar el postrer suspiro el prisionero había hecho protestas de ignorar completamente la causa de su prisión.

—¡Y claro está que la ignoraba!— exclamó Caderousse—No podía ser de otra manera. ¡Ah, señor abate, el pobre muchacho le dijo a usted le verdad!

—Por lo mismo me dió el encargo de vindicar su buen nombre, limpiándole de cualquier mancha que sobre él hubiera podido caer,—dijo el abate Busoni, que prosiguió refiriendo en medio de la creciente turbación de Caderousse, cómo un compañero de prisión de Dantés, al recobrar la libertad, había dado a Edmundo un diamante de inestimable valor, con el cual hubiera podido seducir al carcelero; pero Edmundo no lo había intentado siquiera, y se lo había entregado al abate con las instrucciones necesarias para venderlo en Marsella y repartir su producto en partes iguales entre cinco personas—las únicas cinco que

Historia de los libros célebres

habían amado a Dantés. Eran éstas Mercedes, Danglars, Fernando, Caderousse y el anciano padre de Edmundo. El abate había sabido la muerte del pobre viejo, y su interlocutor, que estuvo presente, manifestóle que había muerto de hambre.

El mesonero, al llegar a este punto, se puso excitadísimo sobre toda ponderación, y le refirió todo cuanto sabía de las personas y acontecimientos relacionados con Edmundo Dantés, a pesar de que la mujer del narrador intervenía a cada momento en la conversación y le regañaba por contar al forastero tantos particulares de su vida privada. Todo lo que la clarísima inteligencia del pobre abate Faria había podido deducir de la historia de Edmundo quedó confirmado y claramente explicado por las declaraciones de Caderousse, quien demostró al eclesiástico que Danglars y Fernando habían sido enemigos mortales de Edmundo.

DE CÓMO LLEGARON A PROSPERAR TODOS LOS ENEMIGOS DE EDMUNDO DANTÉS

En tanto que Danglars se había enriquecido y nadaba actualmente en la abundancia, y mientras Fernando gozaba también de grandes honores encaramado a la elevada posición de Conde de Morcerf, el Señor Morrel, el leal y antiguo amigo de Edmundo, bien conocido por su intachable honradez, hallábase irremediablemente arruinado por la serie de desgracias acumuladas a causa de la pérdida de sus barcos.

Los malvados habían prosperado, y lo hombres de bien, sufrían terriblemente.

La fortuna de Danglars era obra del fraude. Fernando, que a la sazón era un distinguido militar, había logrado su principal triunfo cuando, siendo oficial francés al servicio de los griegos, había vendido a los turcos, con la más negra de las traiciones, al patriota albanés Ali-Bajá, obteniendo por ello una recompensa del enemigo y la fortuna de su víctima, a la cual había despojado. La Condesa de Morcerf era Mercedes, la novia de Edmundo, a quien verdaderamente había llorado

por muerto y por quien llevó luto hasta que hubo perdido toda esperanza de verlo a ver.

—¿Y el señor de Villefort?—preguntó el abate;—¿Sabéis lo que ha sido de él y la parte que tuvo en la desgracia de Edmundo?

—No, señor; únicamente sé que poco después de la prisión de Edmundo se casó con la señorita de Saint-Méran y salió de Marsella. No hay duda de que también ha prosperado como los demás; hoy es tan rico como Danglars y se halla en una posición tan elevada como la de Fernando. Yo soy, solamente, el que ha continuado siendo pobre, desgraciado y olvidado de todos.

EL DIAMANTE QUE HIZO DE CADEROUSSE UN ASESINO

—Estáis en un error, amigo mío;—replicó el abate—parece que Dios nos olvida por algún tiempo, mientras da reposo a su justicia; pero siempre llega el momento, en que se acuerda de nosotros,—¡y aquí tenéis una prueba!

Mientras así hablaba, sacó el abate el diamante de su bolsillo y, dándolo a Caderousse, le dijo:

—Tomad, amigo mío; tomad este diamante, que es bien vuestro.

—¡Cómo! ¿Para mí solo?—exclamó Caderousse—¡Ah señor, no os burléis de mí!

—Este diamante había de ser repartido entre sus amigos. Edmundo no tenía más que uno y por lo tanto no puede repartirse. Tomadlo, pues, y vendedlo; vale cincuenta mil francos.

Pero ¡ay! esta buena fortuna fué la perdición de Caderousse, que era un hombre de genio débil e indeciso y no merecía llamarse amigo ni enemigo de Dantés. El y su mujer, casi fuera de sí con la posesión de esta inesperada fortuna, suplicaron a un joyero que fuera al solitario mesón del Pont du Gard para examinar y comprar el diamante que el misterioso abate les había dado. Encendiéronse los más bajos instintos en ambos esposos, tentados no sólo por los destellos que despedía la piedra preciosa, sino por el pensamiento de que podrían poseer la joya y robar al mismo

El Conde de Monte-Cristo

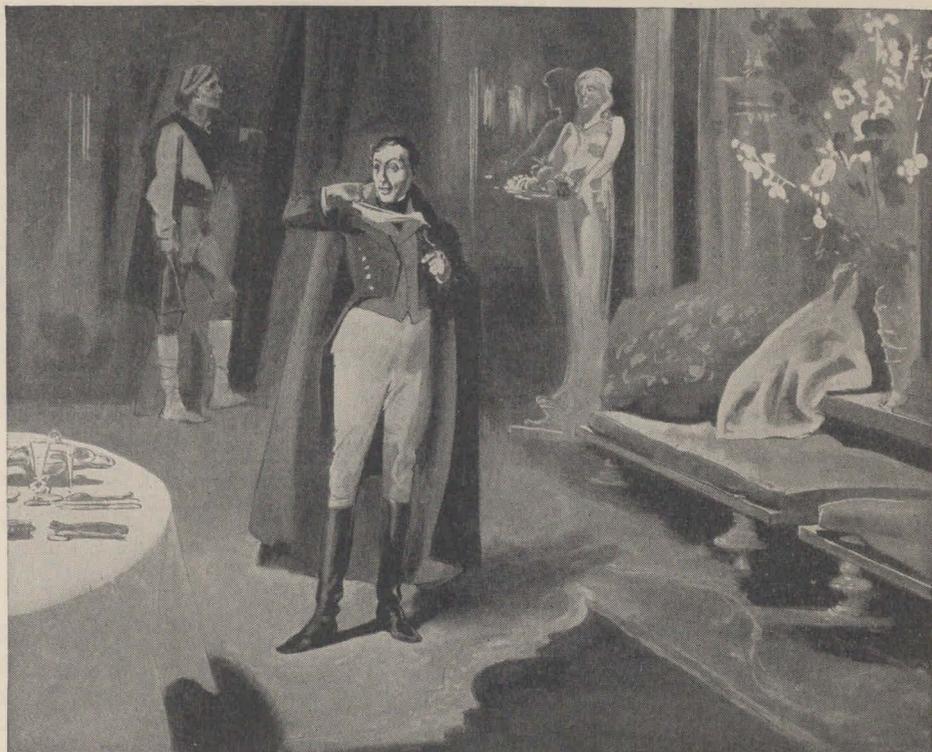
tiempo el dinero que el negociante llevara consigo para comprarla. Así es como Caderousse se hizo asesino y fué condenado a las galeras de Tolón.

EL EXTRAÑO CONDE DE MONTE-CRISTO LLEGA A PARÍS

Pasaban los años y continuaban prosperando, al parecer, todos los malvados personajes, actores principales

de Morcerf, fué el primero que presentó a la aristocracia de París al Conde de Monte-Cristo. Habíanse conocido en Roma, donde Monte-Cristo tuvo ocasión de prestar un señalado servicio al Vizconde Alberto de Morcerf y a su amigo el Barón Franz d'Epinay.

Era este Monte-Cristo un hombre alto de estatura, delgado de cuerpo, esbelto y de temperamento duro y



EL BARÓN HABÍA SIDO CONDUCTIDO CON LOS OJOS VENDADOS A UNA GRUTA ALHAJADA CON UN LUJO DESLUMBRADOR

de nuestro drama. Unos ocho años después de la tragedia ocurrida en el mesón de Caderousse, comenzó a descollar entre la buena sociedad parisiense un cierto Conde de Monte-Cristo. Este nombre había despertado pensamientos de novela y de deslumbrantes riquezas en la imaginación de todo el mundo, puesto que había sido el héroe de cien extrañas historias, más propias de los tiempos de las *Mil y Una Noches*, que de la primera mitad del siglo XIX. Alberto, hijo del Conde

resistente. En su rostro, más bien lívido que pálido, campeaban unos ojos grandes, que a veces brillaban con misterioso fulgor. Sus cabellos, negros como el azabache, hacían resaltar más aún la palidez de su rostro.

El Barón Franz estaba convencido de haber visto anteriormente a este extraño personaje. En cierta ocasión Franz había desembarcado en la isla de Monte-Cristo, y encontrado en ella una cuadrilla de contrabandistas, cuyo jefe le invitó a comer. Después de

Historia de los libros célebres

haberle vendado los ojos fué conducido a una gruta alhajada con el lujo más refinado y sorprendente, en uno de cuyos salones le obsequiaron con un suntuoso banquete, que terminó ofreciéndole su anfitrión una pasta verdosa encerrada en hermoso estuche de plata. Era esta pasta el famoso *hashish*. En cuanto el Barón Franz la hubo probado, quedó sumergido en mágicos ensueños y maravillosas visiones; y, al despertar, hallóse de nuevo tendido a la orilla del mar. Las indagaciones y pesquisas más diligentes no lograron jamás llevarle de nuevo a la entrada secreta de aquella misteriosa gruta.

Corrían en París toda clase de leyendas acerca de la vida y hechos de este Conde de Monte-Cristo. Cuando iba a la Opera, acompañábale una hermosísima joven griega, de la cual se decía que era una princesa llamada Haidée, confiada al cuidado y protección de Monte-Cristo. Una señora muy conocida manifestó que el tal Conde era un vampiro. Pero, precisamente el aire de misterio que le rodeaba, constituía el principal aliciente para que París viera en él un personaje simpático; y, esto aparte, el hecho de tener un crédito ilimitado contra el Barón Danglars bastaba por sí solo para que todo París hablara de él, y se le abriesen todas las puertas.

Había otros, además del Barón Franz, que creían haber tropezado con él en época anterior; y, cuando le presentaron a la Condesa de Morcerf, esta señora mostró tal agitación, que su hijo se alarmó seriamente. Monte-Cristo, sin embargo, no dejaba traslucir en su semblante la menor turbación. La calma y la deliberación se reflejaban en todos sus movimientos; y, mirando a cierta luz, más parecía una máquina que un ser humano. Si había dado una cita para las nueve, se presentaba cuando el reloj estaba dando la quinta campanada. Cuanto decía que iba a hacer, lo ejecutaba exactamente. Y ahora había empezado a llevar adelante los proyectos que había venido madurando en secreto por tanto tiempo, con

la seguridad y firmeza incontrastables del destino.

En un barrio de París, llamado Auteuil, había una casa que se alquilaba. Cierta día, fué Monte-Cristo a verla con su mayordomo Bertuccio, pues deseaba adquirirla.

—Decidles que paren en la calle de la Fontaine, número 28,—dijo el Conde mirando fijamente al mayordomo, a quien daba la orden. Gruesas gotas de sudor inundaron la frente del pobre Bertuccio al oír el número de aquella calle, pero dió la orden.

EL MAYORDOMO QUE SE CREYÓ ASESINO

Acompañó Bertuccio a su amo por toda la casa, de habitación en habitación; y cuando bajaron por la escalera que conducía al jardín, el primero empezó a dar muestras de gran inquietud, pues Monte-Cristo parecía conocer todo lo que había ocurrido en aquella casa. Al preguntarle su amo si suponía que se hubiese enterrado algo al pie de un árbol, junto al cual le había conducido el mayordomo, Bertuccio tuvo, al fin, que confesar cuanto sabía, diciéndole que el abate Busoni era el único que conocía la historia de su crimen. Villefort habíase negado astutamente a hacer justicia a Bertuccio muchos años antes, y había jurado vengarse de él. En efecto, siguióle un día hasta esta casa, y en este mismo jardín hirióle de muerte, en el momento en que Villefort se disponía a enterrar a un niño, todavía vivo. Criólo Bertuccio, dándole el nombre de Benedetto, pero creció con los instintos más perversos, y era actualmente un criminal proscripto.

Tras esta confesión, dijo Bertuccio a su amo que podía hacer de él cuanto quisiera; pero Monte-Cristo le tranquilizó, haciéndole saber que había dado el golpe en falso; puesto que Villefort aun vivía.

TRAMA MONTE-CRISTO UN GRAN COMLOT PARA CONFUNDIR A UNO DE SU ENEMIGOS

Hondos eran los designios que se ocultaban en la adquisición de la casa

El Conde de Monte-Cristo

de Auteuil. El Conde de Monte-Cristo preparó en ella un soberbio banquete a todas sus amistades. Entre los invitados se contaban la Baronesa Danglars y el señor de Villefort, que, como procurador del rey o fiscal del reino, gozaba de gran autoridad desde hacía muchos años.

La comida fué magnífica. Monte-Cristo había puesto empeño en dar al traste con las ideas y gustos que a la sazón dominaban en París y en satisfacer la curiosidad de los invitados, tanto como su apetito. Era un verdadero banquete de hadas; y los huéspedes no sólo quedaron impresionados por las enormes riquezas que poseía su anfitrión, sino también por su inagotable ingenio en prepararles sorpresas. Terminado el banquete, hizo Monte-Cristo que la conversación versara sobre las tragedias de las casas viejas. Si aquella en que estaban pudiera contar lo que en ella había pasado años atrás ¡cuán interesante y terrible a la vez sería! Y de esta suerte, y paso a paso, condujo a sus invitados por toda la casa, visitándola de cuarto en cuarto, y bajó por la escalera del jardín, explicándoles la extraña historia de un niño allí enterrado, historia que la lúgubre vivienda parecía haberle contado a él. Algunos de sus invitados no pudieron ocultar la penosa impresión que les causaba la narración del Conde, de propósito enderezada a tal fin; y el señor de Villefort tuvo que confesarse a sí mismo que estaba en manos del Destino, personificado por aquel hombre terrible y misterioso, conocido con el nombre de Conde de Monte-Cristo.

Villefort tenía una hija de su primera mujer, pues se había casado dos veces. Llamábase Valentina y por mandato de su padre, no por su propia voluntad, había prometido su mano al Barón Franz d'Épinay. La hermosa joven estaba enamorada de un bizarro oficial del ejército llamado Maximiliano Morrel, hijo de un armador marsellés; pero ni ella ni su amante habíanse jamás atrevido a confesar el hecho al padre de Valentina.

EL HOMBRE QUE SE FIRMABA « SIMBAD EL MARINO »

Sin embargo, Franz fué quien dijo a Maximiliano que entre las historias que corrían acerca de Monte-Cristo, se contaba la de que daba a menudo grandes cantidades para ayudar a los menesterosos que lo merecían, firmando con el pseudónimo de *Simbad el Marino*. Esta noticia regocijó sobremanera a Maximiliano; pues su padre se había salvado de una ruina inminente, gracias al generoso donativo de un bienhechor desconocido que se firmaba *Simbad el Marino*. Acudió presuroso a casa de Monte-Cristo para significarle su gratitud, y desde aquel día fué uno de los admiradores más devotos de aquel hombre singular. Así, pues, descubrióle sus pensamientos más íntimos, y nada le ocultó de la historia de sus amores sin esperanza, con Valentina.

Entre tanto, parecía que la fortuna iba abandonando poco a poco al Barón Danglars. Sus negocios habían sufrido ya graves pérdidas; pero las más importantes tuvieron por causa falsas noticias acerca de la cotización de valores y acciones, que se habían teleografiado a París por medios que Monte-Cristo hubiera podido explicar.

La hija del Barón estaba prometida a Alberto de Morcerf; pero el Conde, su padre, hallabase ahora bajo el peso de una acusación, pues habíase ya hecho pública su traición contra Ali-Bajá, y tal vez no fuera un secreto para el Conde de Monte-Cristo la manera con que al fin llegó la verdad a abrirse camino. Por eso el Barón no vaciló en quebrantar la promesa de matrimonio que tenía dada, y aceptó por futuro yerno a un brillante joven conocido con el título de Conde Cavalcanti, presentado a la sociedad parisiense por Monte-Cristo, aunque haciendo la salvedad de que ignoraba completamente sus antecedentes.

LA CAIDA DEL PRIMERO DE LOS ENEMIGOS DE DANTÉS

El Conde de Morcerf, acusado de traición contra Ali, tuvo que comparecer ante el alto tribunal del Senado

Historia de los libros célebres

e iba ya a ser absuelto, cuando se presentó de repente una mujer cubierta con un espeso velo, para prestar declaración, afirmando que era la hija de Ali-Bajá, y que Morcerf no solamente había vendido a su padre a los turcos, sino que había vendido también a su madre y aun a ella misma como esclavas. La mujer del velo era Haidée, la pupila de Monte-Cristo. El conde de Morcerf quedó con esto arruinado; y cuando su hijo Alberto supo el papel que había desempeñado el Conde de Monte-Cristo en la deshonra de su padre, insultóle públicamente en la Ópera, y tuvo al instante la satisfacción de contar con la oportunidad de vengarse en un duelo a pistola, que debía efectuarse a la mañana siguiente en el bosque de Vincennes. Pero la Condesa de Morcerf fué a suplicar al Conde aquella misma noche, que no diera muerte a su hijo. Durante su lacrimosa entrevista, oyó Mercedes de labios del mismo Edmundo Dantés—pues ella no había dudado jamás de que Monte-Cristo y él eran una misma persona—la traición de su esposo y la infamia de Danglars y Villefort.

—Pero haré lo que me pedís,—dijo,—vuestro hijo vivirá.

SUPLICA MERCEDES A DANTÉS QUE SALVE LA VIDA DE SU HIJO

—¡Oh!—exclamó cogiendo la mano del Conde y llevándosela a sus labios.—¡Oh, gracias, gracias, Edmundo! Ahora sois exactamente lo que siempre soñé que erais, tal como yo os había amado siempre. ¡Oh! ¡Con cuanta razón puedo decirlo ahora!

—Tanto mejor—replicó Monte-Cristo,—pues el pobre Edmundo no será ya por mucho tiempo el objeto de vuestro amor. El muerto va a volver a su tumba; el fantasma va a desvanecerse en las tinieblas.

—¿Qué queréis decir, Edmundo?

—Digo que, pues que me lo mandáis, debo morir.

—¡Morir! ¿Y quién os lo ha dicho? ¿Quién habla de morir? ¿De dónde proceden esas ideas de muerte?

—No supondréis que, ultrajado en

público, en pleno teatro, a vista de vuestros amigos y de los de vuestro hijo,—provocado por un mozalbete que se ufanará de mi perdón como de un gran triunfo—no supondréis, repito, que me quede ni por un solo instante el deseo de vivir. Lo que más he amado en el mundo después de vos, Mercedes, era a mí mismo, mi dignidad; y esta fuerza que me hace superior a los demás hombres, esta fuerza, es mi vida. Con una sola palabra me la habéis destrozado . . . y muero.

Pero el duelo no se realizó, porque Alberto dió una satisfacción pública al Conde; y furioso Morcerf, al ver que su hijo no le había vengado, voló a casa de Monte-Cristo.

—Vengo a manifestaros—dijo Morcerf,—que puesto que los jóvenes de hoy día no quieren batirse, fuerza es que nos batamos nosotros.

—Tanto mejor,—contestó Monte-Cristo.—¿Estáis preparado?

LA HORA DE LA VENGANZA DE DANTÉS CONTRA FERNANDO, SU PRIMER DELATOR

—Sí señor; y no importa que nos batamos sin testigos, ya que ambos nos conocemos tan poco.

—Ciertamente no son necesarios,—dijo Monte-Cristo,—por la sola razón de que nos conocemos muy bien. ¿No sois, acaso, el soldado Fernando que desertó la víspera de la batalla de Waterloo? ¿No sois el teniente Fernando que sirvió de guía y de espía al ejército francés en España? ¿No sois el capitán Fernando que hizo traición, vendió y asesinó a su bienhechor Alí? ¿Y no es verdad que de todos estos Fernandos reunidos, ha salido el teniente general, Conde de Morcerf, y Par de Francia?

—¡Oh!—exclamó el general,—¡Oh miserable que me echas en cara mis faltas! Dime tu verdadero nombre para que pueda pronunciarlo, cuando te traspase el corazón con mi espada.

Al oír estas palabras, el Conde de Monte-Cristo entró de un salto en el gabinete inmediato al salón y en menos de un segundo, quitóse la corbata, la levita y el chaleco, púsose una chaqueta y un sombrero de marinero, y volvió

El Conde de Monte-Cristo

al salón en que se hallaba Morcerf. Éste, al verle, sintió que sus dientes castañeteaban y se doblaban sus piernas, por lo cual se acercó a una mesa, en la que apoyó su crispada mano.

—Fernando—exclamó;—de mis cien nombres basta uno solo para herirte como un rayo, pero éste lo adivinas, o por lo menos te acuerdas de él, porque a pesar de mis penas, de mis martirios, te enseño hoy un rostro que la dicha de la venganza rejuvenece; un rostro que muchas veces debes haber visto en sueños después de tu matrimonio . . . con Mercedes, mi prometida esposa.

El general, fijando por un momento los ojos espantados en aquel hombre que parecía surgir de entre los muertos para vengar sus crímenes, buscó la pared como punto de apoyo, y se deslizó hasta la puerta por la que salió andando de espaldas, dejando escapar de sus labios este solo grito lúgubre, lamentable y desgarrador:

—¡Edmundo Dantés!

Sucedieronse rápidamente los acontecimientos; y, apenas había París cesado de hablar del suicidio del Conde de Morcerf, cuando Cavalcanti fué detenido por el asesinato de un compañero de cadena, llamado Caderousse, que le había difamado. Este último había reconocido en Cavalcanti a un antiguo compañero de presidio, llamado Benedetto.

CAIDA DEL BARÓN DANGLARS Y SU FUGA DE FRANCIA

Ahora se supo que tanto Benedetto, como Caderousse, habían sido puestos en libertad por un misterioso inglés que había invertido grandes cantidades en facilitarles los medios de evadirse. Llamábase este inglés, Lord Wilmore; pero este personaje, el abate Busoni y el Conde de Monte-Cristo eran una misma persona, a pesar de que la policía lo ignoraba.

Danglars huyó de Francia inmediatamente después de su ruina, llevándose consigo una considerable suma que pertenecía a los hospitales de París.

En casa de Villefort nada había hecho Monte-Cristo para vengarse de aquel

miserable. Desde un principio pudo observar que la segunda esposa de Villefort era muy aficionada a la química, por estar estudiando el arte de envenenar, y presintió que su venganza se estaba entonces fraguando. Habían ocurrido ya dos defunciones misteriosas en la familia de los Villefort; y la hermosa Valentina sufría también, según el médico, los primeros efectos de un tóxico lento.

Maximiliano Morrel, desesperando de la vida de Valentina, corrió a casa de Monte-Cristo en busca de consejo y de los necesarios socorros.

—¿He de dejar que escape con vida uno solo de esta raza maldita?—preguntóse Monte-Cristo;—y por Maximiliano resolvió salvar a Valentina.

LA VENGANZA DEJANDO SENTIR SUS EFECTOS EN CASA DE VILLEFORT

Habiendo Monte-Cristo adquirido la casa contigua a la de Villefort, despidió a los inquilinos y tomó algunos obreros para hacer las reparaciones y obras que creyó necesarias. Hizo derribar una buena porción de la vieja pared medianera para que le fuera más fácil, quitando las piedras que quedaban, pasar a la parte posterior de un gran armario que había en el cuarto de Valentina. Desde aquel lugar vigilaba el Conde a la joven mientras dormía, y vió a la señora de Villefort entrar silenciosamente en el cuarto y sustituir la medicina destinada a Valentina por una dosis de veneno.

Entró luego Monte-Cristo en la habitación, precisamente cuando Valentina despertaba, y antes que pudiese dar un grito, hízole señas para que callase y refirióle cuanto había visto. Después de arrojar la mitad de la poción al fuego de la chimenea, dejando el resto en el vaso, dió a Valentina una de sus famosas pastillas de *hashish*, que la sumergió en un profundo letargo muy parecido a la muerte. Retiróse de nuevo a su escondite para vigilar, y al poco rato pareció por segunda vez la señora de Villefort.

Segura de que Valentina había ingerido la mitad del veneno, arrojó el resto; pero Monte-Cristo conocía aquel

Historia de los libros célebres

tóxico, y habiendo llevado consigo cierta cantidad del mismo, entró en el cuarto y vertiólo en el vaso hasta la mitad.

A la mañana siguiente declaró el médico que Valentina había muerto. Halló un tóxico en el vaso; y como se halló otro igual en el laboratorio de la señora de Villefort, no quedó la menor duda acerca de su culpabilidad. Admitiólo ella todo, y confesó que su pro-

Palacio de Justicia a pronunciar una sentencia de muerte contra un asesino. Si al volver os hallo con vida aún, esta noche dormiréis en la cárcel. La señora de Villefort gimió aterrada, crispáronsele los nervios y cayó desmayada en la alfombra.

—¡Adiós, señora, adiós!—exclamó su esposo al salir de aquella habitación.

Pero Villefort no podía presumir en el momento de decir estas ardientes



No era un sueño, pues Valentina estaba allí salvada de la muerte por Monte-Cristo.

pósito había sido lograr que su hijo fuese el único heredero de la fortuna de Villefort.

TRÁGICO FIN DEL HOMBRE QUE ENCERRÓ A DANTÉS EN EL CASTILLO DE IF

Arrojóse la señora de Villefort a los pies de su esposo. Recriminóla éste lleno de cólera, y al volverle la espalda para retirarse, añadió:

—Pensad en ello, señora; ¡si a mi regreso no os habéis hecho justicia, os denunciaré yo mismo y os prenderé con mis propias manos! Voy ahora al

palabras a la mujer que era su esposa, que en lugar de condenar él a otro criminal, saldría condenado él mismo, porque el hombre a quien se refería, acusado de asesino, no era otro que el llamado Conde de Cavalcanti, el verdadero Benedetto, quien, la noche antes, había tenido una larga conferencia con Bertuccio, explicándole, durante la misma, el secreto de su nacimiento.

Presentóse Benedetto ante sus jueces, ataviado de la manera más elegante,

El Conde de Monte-Cristo

y sin mostrar señal alguna de ansiedad. Nunca estuyo Villefort más elocuente en su acusación al describir ante el tribunal la índole del crimen cometido por el preso. Cuando el presidente preguntó a Benedetto su edad, respondió:

—Tengo veintiún años, o, más bien, los cumpliré dentro de pocos días, pues nací el 27 de Septiembre de 1817.

El señor de Villefort, que estaba ocupadísimo tomando notas, levantó la cabeza al oír aquella fecha.

—¿Dónde habéis nacido?—continuó el presidente.

—En Auteuil, cerca de París.

Levantó por segunda vez la cabeza el señor de Villefort, miró a Benedetto como quien mira la cabeza de Medusa, y púsose lívido. Benedetto pasó con mucho donaire por sus labios un pañuelo de finísima batista.

—¿Cuál es vuestra profesión?

—Primero fuí falsario,—dijo Andrés con la mayor tranquilidad del mundo;—después ascendí a ladrón, y recientemente me hice asesino.

Un murmullo, o por mejor decir, una tempestad de indignación estalló en todos los ángulos de la sala: los mismos jueces se miraron asombrados, y los jurados manifestaron el disgusto que les causaba aquel cinismo tan impropio de un hombre que parecía educado y elegante.

El señor de Villefort se pasó la mano por la frente, que tenía ahora roja y ardorosa, y levantóse de pronto, mirando alrededor como un hombre fuera de sí.

El presidente mandó luego al acusado decir su nombre, a lo cual contestó cortésmente, que si bien lo ignoraba, en cambio sabía el de su padre; y a continuación declaró que era Villefort, el procurador del rey!

Esta declaración produjo gran consternación en el tribunal, y todas las miradas se volvieron a Villefort, en tanto que Benedetto continuaba respondiendo a las preguntas del presidente y demostraba ser el hijo que Villefort había enterrado en vida la

noche en que Bertuccio creyó haberse vengado de Villefort, hallándose en el jardín de la casa señalada con el número 28 de la calle de la Fontaine, en Auteuil. El propio procurador del rey confirmó la historia del acusado y admitió su culpabilidad, declarando que se ponía desde aquel momento a disposición del fiscal del rey que le sustituyera.

Mientras seguía hablando con ahogada y ronca voz, encaminóse dando traspies hacia la puerta y salió del tribunal, cuyos miembros quedaron momentáneamente mudos de asombro. El presidente levantó la sesión; y todo el mundo se puso a comentar el extraño rumbo que acababan de tomar los acontecimientos.

LA VENGANZA, LENTA, PERO TERRIBLE, CAE DE IMPROVISO SOBRE EL TRAIADOR MÁS VIL DE LA NOVELA

Al llegar Villefort a su casa, hallólo todo en la más espantosa confusión. Encaminóse a las habitaciones de su mujer, y vió que aún vivía, pero que en aquel preciso momento empezaba el veneno a producir sus mortales efectos. Pensó luego en su hijo Eduardo, a quien halló como dormido sobre un sofá, después de haber recorrido algunas piezas. Pero al levantarle, cayó al suelo un trozo de papel doblado que llevaba en el pecho; y, Villefort, como herido por el rayo, cayó de rodillas y dejó que el cadáver de su hijo descansara en el suelo junto a su madre. Villefort recogió el papel y leyó lo siguiente, escrito de puño y letra de su esposa:

« ¡Vos sabéis si yo era buena madre, puesto que por mi hijo me he hecho criminal! ¡Una buena madre no parte sin su hijo! »

Esto sobrepujaba a lo que el cerebro de un hombre podía soportar; y Villefort, a quien esta trágica escena había trastornado enteramente, corrió furioso al jardín y empezó a cavar la tierra con un azadón.

Poco tiempo después de estos acontecimientos, el Barón Danglars fué secuestrado por unos bandidos en las catacumbas de San Sebastián, a poca

Historia de los libros célebres

distancia de Roma; y allí, en vez de quedar guardado en rehenes, tuvo que pagar una cantidad tan fabulosa por su manutención y alojamiento, que el dinero robado a la beneficencia pública al huir de París, pasó rápidamente a los bolsillos de los bandidos. Pero, al fin, hizo su aparición el Conde de Monte-Cristo, y después de acusarle de sus crímenes, djóle que se hallaba en manos de Edmundo Dantés. Al oír esto Danglars, dobláronsele las rodillas y profirió un grito de estupefacción.

CÓMO CASTIGÓ MONTE-CRISTO AL BARÓN DANGLARS

—¡Levantaos!— dijo el Conde— Tenéis asegurada la vida; no les ha cabido igual suerte a vuestros cómplices; ¡porque uno se ha vuelto loco y el otro ha muerto! Guardaos los cincuenta mil francos que os restan; os los doy; en cuanto a los cinco millones robados a la beneficencia pública, le han sido ya restituídos por una mano desconocida. Ahora, comed y bebed; y cuando estéis satisfecho, quedaréis libre.

Danglars permaneció aquella noche con los bandidos, pero por la mañana hallóse tendido cerca de un arroyo, y como tenía sed se arrastró en busca del agua. Al bajarse para beber, observó con horrible sorpresa que se habían vuelto blancos sus cabellos.

La venganza de Edmundo Dantés, aplazada por tanto tiempo y tan penosa y cuidadosamente dispuesta, habíase completado, y sólo le quedaba ejecutar la última de sus maravillosas proezas, dando pruebas al mismo tiempo de su generosidad sin límites. Valentina de Villefort había sido sepultada, y Maximiliano estaba desesperado; pero Monte-Cristo suplicó encarecidamente al joven que tuviera paciencia y confianza, pues ya que su padre lo había sido también para Edmundo Dantés, éste a su vez sería un padre para él.

MONTE-CRISTO CONTRAE UN EXTRAÑO COMPROMISO CON MAXIMILIANO MORREL

Parecía una cosa muy singular el pedir a un amante, cuya prometida había sido sepultada, que tuviera esperanza y que se presentase a Monte-Cristo

dentro de un año. Y este es el compromiso que contrajeron ambos.

Mercedes y su hijo habían, entretanto, hecho donación a los establecimientos de beneficencia de las mal adquiridas riquezas, que Fernando dejara al morir. Monte-Cristo compró la casa de Marsella, en que su padre había vivido, y en el jardín de la misma enterró el dinero de la dote que primero había ahorrado, cuando iba a casarse con Mercedes. Esta casa, y la dote enterrada, fué el regalo que le hizo; y en ella pasó la hermosa Condesa sus días, viviendo sin pompa ni boato de ningún género, ayudada también en sus gastos con una parte de la paga que su hijo disfrutaba como oficial del ejército.

Cuando hubo transcurrido un año, durante el cual Monte-Cristo había rogado a Maximiliano que esperara, encontráronse ambos en Marsella y, embarcados en el yate, hicieron rumbo a la isla de Monte-Cristo. Sentados en la gruta misteriosa, preguntóle el Conde si pensaba todavía de la misma manera, a lo que Morrel replicó que nada había logrado amenguar el inmenso dolor que sentía por la muerte de Valentina. Continuaba resuelto a morir. Faltaban aún tres horas para que transcurriese el tiempo, durante el cual había prometido vivir Maximiliano.

Instalados cómodamente en aquel extraño salón, cuyas estatuas, colocadas alrededor de la mesa del banqueto, sostenían canastillas de plata, siempre cargadas de fruta, por más que se sacase de ellas, pusieron a disertar largamente sobre los encantos y amarguras de la vida. Por fin dió el Conde a Maximiliano una cucharadita de una substancia misteriosa, a la que se atribuía la virtud de producir la muerte sin causar el más leve dolor.

CÓMO DOS AMANTES QUEDARON UNIDOS DE LA MANERA MÁS SINGULAR, GRACIAS A MONTE-CRISTO

En el preciso instante en que el joven parecía perder suavemente los sentidos, vió que Monte-Cristo abría una puerta que daba a otro salón; y en el

El Conde de Monte-Cristo

umbral de éste, iluminado por vivísima luz, divisó a una hermosa joven que era el verdadero retrato de su amada Valentina. Aquello no era un sueño; y Morrel tampoco agonizaba. Era realmente Valentina, que cuando todos la creyeron muerta, no estaba sino sumida en un profundo sopor producido por la pastilla que el Conde le había administrado. Sacóla Monte-Cristo de la sepultura en que yacía, hízola revivir y durante los doce meses en que Morrel sufrió tan dura prueba, Valentina tuvo a Haidée por compañera. Al manifestársele al fiel amante la realidad de su recobrada ventura, Monte-Cristo se sintió recompensado por los valiosísimos servicios que había prestado a los dos amantes; y cuando supo que era amado de Haidée, tanto como Maximiliano lo era de Valentina, parecióle a este hombre singular y admirable que la vida podía tener para él muchos más atractivos que el cumplimiento de su venganza.

A la mañana siguiente, Maximiliano y Valentina se reunieron; bajaron a la playa y entonces Jacopo, capitán del yate de Monte-Cristo, entrególes una carta que Morrel abrió y leyó. Decía así:

« Querido Maximiliano:

« Hay una falúa anclada para vos: Jacopo os llevará a Liorna, donde el señor Noirtier espera a su nieta para bendecirla, antes de que os siga al altar. Todo cuanto hay en esta gruta, amigo mío, mi casa de los Campos Elíseos y mi castillo de Tréport son el regalo de boda que hace Edmundo Dantés al hijo de su antiguo patrón, Morrel. La señorita de Villefort me hará merced de aceptar la mitad del donativo, y a la vez la suplico que dé a los pobres de París toda la fortuna que adquiera de su padre loco, y de su hermano fallecido en Septiembre último en compañía de su madre.

« Decid al ángel que va a velar por

vuestra vida, Morrel, que ruegue alguna vez por un hombre, que a ejemplo de Satanás, tuvo la osadía de creerse por un instante igual a Dios, y reconoce ahora, con toda la humildad de un cristiano, que el poder supremo y la sabiduría infinita sólo están en manos de la Providencia. Acaso sus oraciones endulcen el remordimiento que lleva en el fondo del corazón.

« En cuanto a vos, Morrel, he aquí el secreto de mi comportamiento con vos. No hay ventura ni desgracia en el mundo; hay tan sólo estados relativos de desgracia y ventura; y nada más.

« Sólo el que ña probado el extremo del infortunio puede sentir la felicidad suprema. Es preciso haber querido morir, Maximiliano, para saber cuán dulce es la vida.

« Vivid, pues, y sed dichosos, hijos queridos de mi corazón, y no olvidéis nunca que hasta el día en que Dios se digne alzar ante la mirada del hombre el velo que oculta lo porvenir, toda la sabiduría humana se encerrará en estas dos palabras: *Confiar y esperar*.

« Vuestro amigo,

« EDMUNDO DANTÉS,

« Conde de Monte-Cristo. »

ÚLTIMAS PALABRAS DE MONTE-CRISTO Y LAS ÚLTIMAS NOTICIAS QUE SE TUVIERON DE ÉL

—¿Pero dónde está el Conde?—preguntó ansiosamente Morrel.

Jacopo señaló un punto del horizonte, en el cual se distinguía una vela blanca.

—¿Y dónde está Haidée?—preguntó Valentina.

Jacopo volvió a extender el brazo, apuntando a la vela:

—¡Partió!—exclamó Morrel.—¡Adiós, amigo mío! ¡Quién sabe si le volveremos a ver jamás!—dijo Morrel, enjugándose una lágrima.

—Amigo mío—repuso Valentina;—¿no acaba de decirnos el Conde que toda la sabiduría humana se encierra en estas dos palabras: *Confiar y esperar*?

